



Comentario a Batallá, Juan y Barreto, Daniel: *San La Muerte: Una voz extraña*, Buenos Aires: Editorial Argentina, Colección Arte Brujo, 2005, págs. 112.

Esteban Rodríguez Alzueta
LESyC, UNQ

La muerte viva en el cuerpo

En las últimas décadas hemos asistido a una “explosión” de símbolos y fetiches religiosos, santos de todo tipo y color. Pequeños santuarios más o menos rudimentarios, procesiones y ritos decorados con estampitas, estatuillas y ofrendas, constituyen las nuevas formas elementales de la vida religiosa que van delimitando la devoción lumpen de los sectores populares. En parte se trata de santificaciones nuevas, como es el caso de Gilda, Rodrigo o el Frente Vital, pero en

otros casos, son santos que desde hace mucho tiempo, más de un siglo, venían gravitando en el imaginario de estos sectores. La novedad estaría dada por la difusión que han tenido, santos que se han propalado por todos lados, trascendiendo su origen social, cobrando una celebridad que se averigua enseguida cuando se transita por las rutas nacionales. Es el caso, como habrá adivinado el lector, del Gauchito Gil o la Difunta Correa, pero también de otro santo más oscuro, hermético, que no ha adquirido la visibilidad que tienen aquellos, pero se ha extendido igualmente más allá de su esfera de influencia tradicional, un poco siguiendo las migraciones internas, hasta alcanzar las periferias de la gran ciudad: el culto a San La Muerte.

La desacralización de la sociedad en general y de los sectores populares en particular, la pérdida de protagonismo de la Iglesia en la definición de las identidades, la desafiliación católica, no significa que estos sectores hayan quedado a la deriva y resignado su devoción. Cuando la Iglesia no religa, el lazo social se construirá con otros ingredientes, apelando a otros símbolos. Una de las estrategias de los sectores más pobres para generar pertenencia tiene que ver con la devoción que confieren a los santos que fueron cultivándose a lo largo de esos varios siglos y desde tradiciones distintas, al interior de

una vida cotidiana a menudo secreta, al menos para aquellos que no comparten su fervor.

El libro de Juan Batallá y Daniel Barreto (Ba-Ba), *San La Muerte, una voz extraña*, es la mejor prueba de lo que estamos señalando. El libro forma parte de un proyecto que estuvieron realizando estos artistas plásticos durante varios años bajo el nombre “Arte brujo”. El primer trabajo, “Salvavidas”, reunió una serie de obras que van desde intervenciones, performance, instalaciones, cuadros y objetos que los autores realizaron y expusieron en Uruguay a partir también de un trabajo de campo que venían realizando en la región. En esa oportunidad se trataba de explorar el universo mítico de las religiones africanas que llegaron hasta América con los esclavos traídos por los españoles y portugueses. Esos esclavos, desposeídos de todo salvo de su memoria, su imaginación y su fe, reconstruyeron sus antiguas religiones con algunas novedades, porque a medida que se fueron mezclando con el catolicismo y las otras religiones de los pueblos originarios, formaron distintas variantes religiosas afroamericanas. Así nacieron la santería y el palo monte cubanos, el vodum haitiano, el batuque, el candomblé y la umbanda brasileñas, entre otras.

Con *San La Muerte...*, Batallá y Barreto continúan explorando la religiosidad

popular y la estética construida alrededor de sus veneraciones. El trabajo fue relevado fotográficamente por Iván Almirón y está acompañado con la escritura de Horacio González, Gustavo Insaurralde, María Julia Carozzi, Daniel Míguez y Hugo Mujica. También hay un ensayo incunable y pionero, escrito por Rodolfo Walsh y publicado alguna vez en la revista Panorama a mediados de los ‘60. No los moviliza la curiosidad típica del agnóstico entrometido, que suele ser atraído por la excentricidad de los rituales que componen esas devociones, sino la creatividad que tienen los sectores populares para producir los pastiches morales a través de los cuales se componen creencias que orientan y sostienen la vida cotidiana perforada por la pobreza y otras formas de violencia.

Mucho se ha debatido sobre el origen de San La Muerte, un santo muy difundido en el noreste argentino. Para algunos, guarda similitud con el Cristo de la Paciencia introducido por los Jesuitas durante la colonia; otros sostienen que es anterior a la Compañía de Jesús, un santo pre-español o precristiano, profundamente americano que tiene sus raíces en la cultura tupi-guaraní. Para otros sería prueba del sincretismo local, una mezcla de las dos tradiciones, una devoción que por un lado recoge al Cristo de la Paciencia jesuita, y por el otro al payé o médico brujo de la

cultura tupí-guaraní. De allí que San La Muerte sea algo más que una mera reproducción, constituye la expresión de la reapropiación de las culturas originarias de las formas impuestas por instituciones religiosas europeas. Una devoción que nos habla de la apropiación creativa antes que de la mera repetición, de la astucia de los pueblos dominados antes que de su obediencia y resignación.

A San La Muerte se lo suele representar de muchas maneras, pero las dos formas más difundidas es un esqueleto en cunclillas tomándose con las dos manos la cabeza, más precisamente, el maxilar inferior; y la otra es un esqueleto de pié, a veces portando con una capa, y casi siempre con una guadaña en la mano.

En la narrativa popular oral se lo ha encontrado con diferentes nombres. A veces se lo llama Señor de la Buena Muerte (que simboliza a Jesucristo); Señor de la Paciencia (que simboliza a Jesucristo o a San José); San Justo Nuestro Señor de la Muerte; Nuestro Señor de Dios y la Muerte; San Justo; en Paraguay se lo conoce como San Esqueleto y Ayacuba; en Formosa como Señor que lo Puede Todo; y en Corrientes y Formosa con el mote de San Severo de La Muerte.

San La Muerte es un santo políticamente incorrecto que puede llegar a escandalizar a cualquier chupasirio de clase media. Según Sebastián Carassai, “las oraciones a

San La Muerte cristalizan los deseos más terribles y crudos del ser humano, expresado sin rodeos ni tabúes, despojados de imperativos morales, como suelen presentarse cuando no median instituciones ni mandatos” (2003: 173). Y esto es algo que puede verificarse enseguida en una de las oraciones más difundidas entre sus devotos, tal vez más elaboradas que otras que se transmiten de generación en generación, que reza:

“San La Muerte, espíritu esquelético, poderosísimo y fuerte por demás, como de un Sansón es tu majestad. Indispensable en el momento de peligro, yo te invoco seguro de tu bondad. Ruega a nuestro Dios Todopoderoso de concederme todo lo que le pido. Que se arrepienta por toda su vida al que daño o mal de ojo me hizo y que se vuelva contra él enseguida. Para aquél que en amor me engaña pido que le hagas volver a mí. Y si desoye tu orden extraña, buen espíritu de la muerte, hazle sentir el poder de tu guadaña. En el juego y en los negocios mi abogado te nombro como el mejor y a todo aquel que contra mí se viene por siempre jamás hazlo perdedor. ¡Oh! San La Muerte, mi ángel protector. Amén”.

San La Muerte ha sido percibido y denunciado por los obispos de la Iglesia como un culto pagano, de allí que cualquiera que lo profese corre el riesgo de ser excomulgado. Cuando eso sucede, la devoción se repliega a la vida privada, transformándose en una práctica que se reserva para los íntimos.

El culto a San La Muerte se caracteriza por las relaciones directas que se establecen entre el devoto o el promesero y su santo. No hay intermediarios, de modo que su profesión no necesita de los servicios de la institución para practicarlo. A través de una oración, casi siempre improvisada, y las promesas que se hacen, se establece un vínculo íntimo, directo y exclusivo con el santo. No hay un sacerdote que monopolice y administre aquella relación. Como cualquier santo, San La Muerte es el que intercede ante Dios, pero entre San La Muerte y los hombres no hay nadie, esta vez los curas no tienen vela en estos rituales. Como dice Carassai, “apelar (...) a San La Muerte es establecer un contacto con la divinidad a través de un interlocutor que es nada menos que la muerte” (2003: 164). Pero “no hay una institución que lo administre, imponga o difunda, sino que, contrariamente, desde las instituciones y desde diversos espacios se lo trata de disminuir o relegar al lugar de la mera superstición—atribuyendo su fama a la ignorancia de quienes le rinden tributo”

(Carassai, 2003: 159). De allí que la tradición oral haya sido el artefacto utilizado por los sectores populares para transmitir la creencia de generación en generación. Tan sólo se recurrirá a la institución para bendecir los fetiches, algo que siempre puede hacerse apelando a una serie de artilugios, como por ejemplo, ocultar un amuleto en un ramillete de olivos o escondiendo la estampita de San La Muerte detrás de otra reconocida y aceptada por el dogma.

Hay dos momentos que definen la devoción hacia San La Muerte. Uno privado o misterioso, y otro público y destinado a la divulgación. El primero está vinculado al pacto secreto entre los devotos y el santo. En realidad, entre los devotos y Dios, pues el santo es el abogado de los promeseros ante Dios, alguien que intercede frente a la divinidad para producir el milagro. Un pacto construido un poco por el temor reverencial que inspira la muerte y otro poco por las gratificaciones correspondidas a la fidelidad que se guardó y se guardará al santo. San La Muerte no es un pasatiempo, un deporte, ni siquiera una rutina. Inspira temor y por eso merece respeto. Por eso conviene ser muy medido en los pedidos y mucho más en las promesas que se hacen.

El segundo momento, dijimos, es público y está relacionado con la prédica. La celebración a San La Muerte, el 15 o el

20 de agosto, depende la región, constituye una auténtica fiesta popular que incluye la gastronomía, el chamamé, la oración, las ofrendas y la bebida.

Ahora bien, hay otra instancia que vuelve más o menos pública la devoción por San La Muerte, y que nos interesa rescatar aquí y está relacionada al cuerpo, a los usos del cuerpo: son los tatuajes. A San La Muerte se lo predica con el cuerpo, convierte al cuerpo en soporte de fe. Los tatuajes de San La Muerte constituyen el mejor artefacto para expresar su veneración. Es la marca de una identidad forjada para plegar el derrotero de una vida que viene a los tumbos, pero también la huella de los pactos secretos con la muerte.

San La Muerte es el reverso de San Jorge. Si San Jorge es el santo de la policía, San la Muerte será el santo de aquellos que hicieron del delito su forma de vida, sobre todo aquellos que conocieron la experiencia carcelaria. San La Muerte es una compañía que inspira seguridad cuando la incertidumbre es la regla general. Una devoción que se milita con el cuerpo, que se llevará grabada en el cuerpo a veces como simple amenaza, pero otras veces como muestra de la paciencia, de la valía macerada con cierto estoicismo iconoclasta. No es casual que la figura de San La Muerte pueble entonces los espacios penitenciarios. No es casual, quiero decir, que San La Muerte haya sido

elegido por los presos como santo protector. Es una de las estampas más difundidas entre los presos de Corrientes, el Chaco y Formosa, pero cada vez más propalada en las cárceles de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

Los presos suelen llevar su imagen grabada en la piel o incrustada en el cuerpo, una manera de resistir a la requisa. Cuando todas las cosas se vuelven objeto de revista y sustracción, los tatuajes, junto al argot y las cicatrices, se convierten en una brújula que orienta la vida en esos espacios. Los tatuajes a San La Muerte constituyen una forma de venerar a alguien pero también una forma de construir una cultura de la dureza para hacer frente a las humillaciones y violencias que provienen de todos lados. La presencia de San La Muerte en los cuerpos de los presos es la expresión de una fuerza moral que impide quebrarlos del todo. Una potencia que empuja a seguir adelante, a no claudicar. Una moralidad que no está para congraciarse con el otro, sino para enfrentarlo. Una moralidad construida con los relatos de las generaciones pasadas y los pactos individuales celebrados directamente con San La Muerte.

Porque como nos vuelve a recordar Carassai, la presencia de San La Muerte en la cárcel está para suplir la defensa de los abogados. Más aún, San La Muerte suele ser el mejor abogado. En primer lugar,

porque sale gratis, o mejor dicho, las promesas que se hacen están hechas de otros esfuerzos. Y en segundo lugar, porque “en la cárcel no solamente hay que defenderse de los delitos cometidos o adjudicados sino también del personal a cargo del penal y del resto de la población carcelaria” (Carassai, 2003: 171). San La Muerte aporta una inmunidad que asume por lo menos dos formas diferentes, que serán también dos maneras distintas de estar en la cárcel: por un lado, adopta la forma de paciencia, y por el otro de pura belicosidad.

San La Muerte es una experiencia religiosa pero también estética, por eso es mágica. Una estética que se puede verificar en las tallas de Aquiles Coppinni o Ramón Gregorio Cabrera, o en la orfebrería, los tatuajes, o en las miniaturas que se tallan sobre el plomo de las balas servidas que servirán de amuletos o en los huesitos de los bebés que se incrustan bajo la piel. Obras anónimas, es decir populares, que Barreto y Batallá compilan en este libro. Artesanías donde conviven lo naif y el dark en rituales hechos a la medida de la resistencia, y para expresar la devoción y la profunda y abyecta creencia popular.

Bibliografía

Batallá, Juan y Barreto, Daniel: *Salvavidas*, Buenos Aires: Colección de Arte Brujo, 2003.

Carassai, Sebastián; “San La Muerte, el santo non santo: pertenecer tiene sus privilegios”, en: Dri, Rubén (coord.): *Símbolos y fetiches religiosos en la construcción de la identidad popular*, Buenos Aires: Biblos, 2003.

Coluccio, Félix: “San La Muerte”, en: *Cultos y canonizaciones populares de Argentina*, Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1994.